

EN EL NATALICIO DEL APOSTOL.

CARLOS SAUVALLE, UN GRAN AMIGO DE MARTI.

El viernes 28 celebrará Cuba el aniversario del nacimiento de José Martí, Apóstol de las libertades patrias. Con ese motivo acogemos estos interesantes apuntes del ilustre escritor, ensayista y diplomático Luis Rodríguez-Embil, acerca de uno de los más íntimos y menos conocidos amigos de Martí.

Por LUIS RODRÍGUEZ-EMBIL

EN NINGUNA biografía martiana falta el nombre del que fué uno de los más nobles, más probados y mejores amigos de Martí: Carlos Sauvalle y Blain. Cronológicamente le antecede Fermín Valdés Domínguez, y tal vez también—como es natural en las amistades comenzadas muy temprano, y afianzadas en pruebas fuertes y conjuntamente soportadas—en intimidad fraternal. Mas no de cierto en desinterés y devoción firmes y abnegados, ni en ejemplar constancia.

De Valdés Domínguez, como de otros grandes amigos de Martí, sabemos todo, todo lo esencial al menos. De Carlos Sauvalle poco sabemos aun relativamente. Su amistad con el Apóstol—tal la amistad de Eckermann con Goethe—ha asegurado su nombre, en todo caso, contra el olvido. Mas la persona de Sauvalle, todavía envuelta, fuera de aquella amistad, en cierta penumbra, merece—ya desde luego a causa de aquella circunstancia amistosa misma, pero también de la memoria del fiel y buen amigo—un recuerdo especial y afectuoso de sus compatriotas.

El amigo de Madrid fué Sauvalle sobre todo, según sabemos. En Madrid, en efecto, se conocieron ambos. En el primer invierno madrileño de Martí, invierno áspero y rudo, fué para él Sauvalle el compañero fidelísimo, el cicerone experto, la charla delectosa que ahuyenta la soledad de los primeros meses, el lazo de unión con los primeros conocidos. Y, además y por cima de todo ello, una evocación viviente de la patria común. Fué asimismo Sauvalle, llegado el caso, el enfermero asiduo, el hermano solícito que allanó la urgencia de los gastos necesarios cuando hubo Martí por primera vez de ser operado.

La amistad hacia Martí de Sauvalle—ya lo hemos hecho observar más largamente en otro trabajo (1)—tenía, en su viril ternura, matices del amor de un discípulo, y de un hermano menor, a despecho de la edad superior del segundo. Sauvalle se ocupa en Madrid de los asuntos de Martí aun

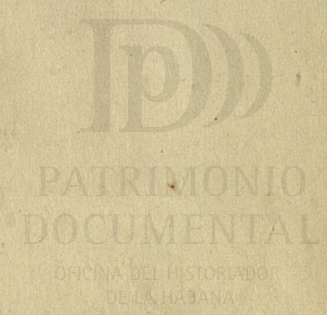
más que de los propios, reparte los impresos de aquél, es, en la práctica, y por espontánea y libre voluntad, además de un amigo, un ideal secretario, sin que a la conciencia del uno ni del otro ascienda la realidad evidente de tal hecho. Sabemos que Sauvalle dió, con el de Martí, su nombre, al defender ambos, en el madrileño "Jurado Federal", a un grupo de compatriotas burdamente atacados por el periódico "La Prensa" también madrileño.

Por esta su identificación, hecha de admiración y cariño, con Martí aun casi desconocido, mereció ya Sauvalle, repitámoslo, bien de la patria. Mas fué también ciudadano y patriota que sostuvo siempre enhiesta la noble cabeza de caballero y de cubano. Gracias a la cordial y espontánea generosidad del señor Carlos Sauvalle y Rodríguez Parra he obtenido los datos principales de la vida de su ilustre padre y homónimo, datos que me complazco en consignar como tributo a la memoria de éste.

Carlos Sauvalle y Blain nació en La Habana, el día 29 de agosto de 1839. En su ciudad natal permaneció hasta el 30 de mayo de 1852, fecha en la cual embarcó para los Estados Unidos donde entró en el Colegio de Jesuitas de Georgetown, cerca de Washington, el 30 de junio de aquel propio año. Salió de aquel colegio, en el año 1855, para entrar en el Instituto de Ingeniería Civil de Troy, Estado de Nueva York, en el cual permaneció hasta el 22 de enero de 1856. Con esa fecha emprendió su viaje de regreso a Cuba.

La familia de Sauvalle gozaba de posición holgada y respetada. El jefe de aquella—el padre de Carlos Sauvalle y Blain—francés cual su apellido indica, era el señor Francisco Adolfo Sauvalle y Chanceaulme. Fué el sino del hijo viajar. Con el padre, enfermo, hubo de salir de nuevo de la patria amada, el 9 de octubre de 1863, y ambos viajaron entonces juntos por los Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Portugal, España, Italia, Suiza, y después por el Senegal, pasando más tarde al Brasil y Buenos Aires. Fué, para el padre,

(1) "José Martí, el Santo de América"





2)

un viaje en procura de descanso y salud; para padre e hijo de instrucción agradable y fecunda. Ambos se hallaban de regreso en La Habana el día 8 de octubre de 1864.

Y nuevamente le fué dado a Carlos Sauvalle hijo permanecer, por cerca de ~~cuatro~~ años esta vez, en Cuba: hasta 1870. Mas he aquí que se vió preso por causas políticas y deportado a España, donde había de conocer a Martí, catorce años más joven que él.

Hasta 1879, luego de terminada la Guerra de los Diez Años, no regresó Sauvalle a Cuba. Al año siguiente contrajo matrimonio con la respetable dama doña Amalia Rodríguez Parra viuda de Montilla, de la cual hubo tres hijos: Francisco Adolfo, Fernando y Carlos. Y en la patria, según deseaba siempre, ya viejo y achacoso—en Jesús del Monte—terminó la vida terrena del grande amigo del Apóstol, el día en que se cumplían tres años del estallido de la revolución martiana: el 24 de febrero de 1898. Le fué dado ver el alba y el expanderse del sol de la revolución, y también el anuncio del alborear de la República soñada, tras el dolor de la pérdida del grande amigo el 19 de mayo del 95, al comenzar a dar sus frutos la obra trascendental por éste preparada, organizada y animada.

Resta apuntar un detalle hasta ahora probablemente inédito de las relaciones de amistad de Martí con Sauvalle. Poseía éste una finca, no grande, mas provista de todo lo necesario y, entre otras dependencias, de una selecta biblioteca, en Santa Cruz de los Pinos, en la provincia pinareña. Y a aquella finca, denominada "Balestena", cuentan con legitimo orgullo los descendientes de Carlos Sauvalle, gustaba Martí de ir durante una de sus demasiado breves estancias en Cuba. Allí recordarían sin duda los dos amigos sus días madrileños, plenos de la angustia temprana de la incertidumbre, pero también de la fe de ambos—semiconsciente entonces todavía—en la predestinación martiana; evocarían el presente cargado aún de sombras e interrogaciones, el porvenir incierto a ojos no avizores y penetrantes. Paseando más de una vez ambos amigos por la guardarraya de la finca, la clarividencia de Martí, al mostrar lo porvenir con la certeza del genio que oye el rumor de lo subterráneo y otea lo lejano ya viviente a su vista, confortaría quizás al amigo vacilante con su visión segura de lucha decisiva y necesaria, de sacrificio necesario y de final victoria.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

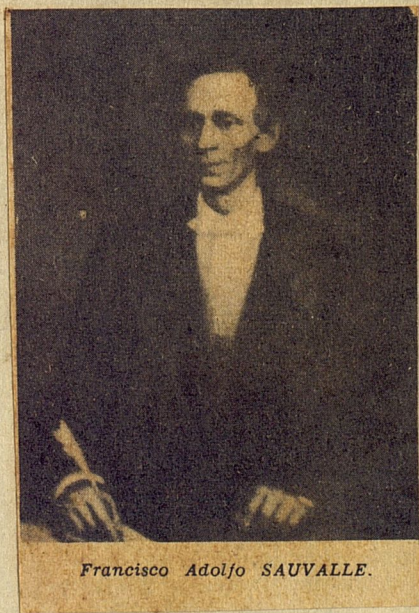
INSTITUTO DE HISTORIA DE CUBA

*Batallas, enero 30/44*

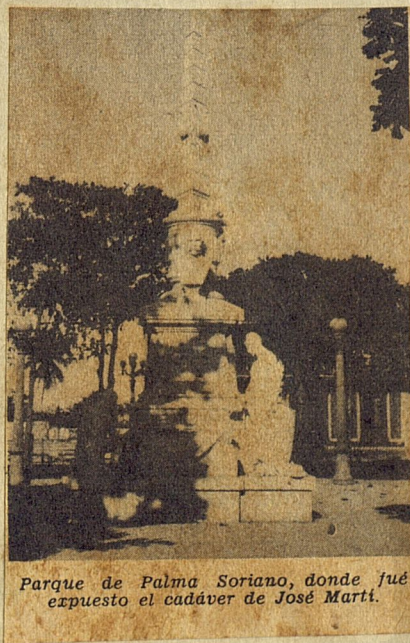




Carlos SAUVALLE Y BLAIN.



Francisco Adolfo SAUVALLE.



Parque de Palma Soriano, donde fue expuesto el cadáver de José Martí.